

EL PAN CON LA PLUMA

En enero de 1926 Alfonso Reyes fechó en París la "Carta a dos Amigos" que forma el Apéndice de su *Reloj de Sol* —quinta serie de *Simpatías y Diferencias*—. En ella instruía a sus destinatarios —Enrique Díez-Canedo en Madrid, Genaro Estrada en México sobre el modo como deberían, a su muerte, organizar la edición de las obras completas de Alfonso Reyes. Era una especie de autobiografía crítica y extensa, que no sólo tomaba cuenta minuciosa de los volúmenes hasta entonces publicados por él, sino que, como a aquellos, clasificaba los inéditos y los que entonces preparaba para la imprenta, o gestaba apenas, o sustraía a la publicación. Eran, de acuerdo con su última voluntad, dos las categorías del pasado: A) "Libros verdaderos que hay que respetar como están; poemáticos, cíclicos" (*Cuestiones Estéticas, El Suicida, Cartones de Madrid, Visión de Anáhuac, El Plano Oblicuo, Calendario, Ifigenia Cruel*); B) "Libros de agregación casual, más o menos hábilmente aderezados y organizados para la publicación": *Huellas, El Cazador, los Retratos Reales e Imaginarios*: nuevas series, en realidad, de las *Simpatías y Diferencias*. Y más adelante las "otras tres categorías del porvenir" C) "Verdaderos libros inéditos, que hayan quedado acabados o a medio hacer"; D) "Libros de artículos que puedan formarse con el material ya hecho que aparezca en mis carpetas y de que he de ir saliendo conforme pueda copiar y preparar todo para la imprenta"; E) "Papeles prehistóricos o relegados por ciertas razones", llamada "resumidero de esta labor fragmentaria, periodística en gran parte, a que todos estamos hoy por hoy obligados".

Desde aquel testamento literario hasta hoy han pasado veintidós años. Alfonso Reyes, diplomático entonces, representante de México en París, se trasladó en ese mismo carácter a la Argentina,

a Brasil; vino por fin a dar en un México del que los jóvenes, inadvertidos escritores brotados durante su ausencia, le acusaban de olvidarse (V. su alegato, privadamente impreso en Río, *A Vuelta de Correo* (1932) en que se defiende del cargo lanzado por Pérez Martínez): "Pronto hará veinte años —decía en *A Vuelta de Correo*— que salí del país, y desde entonces mis vacaciones en México se habrán reducido a un total de ocho meses".

Ya entre nosotros, establecido en menesteres sin relumbrón, pero de importancia para la cultura —el Colegio Nacional, el Colegio de México— Alfonso Reyes ha seguido trabajando en lo suyo; sin apremio, pero sin descanso. Su "testamento", por ventura, no ha podido cumplirse. El Destino quiso alterar los términos de su testamento, y privar a Enrique Díez-Canedo y a Genaro Estrada de la oportunidad de publicar las obras de Alfonso Reyes, como si, al contrario, quisiera dar a éste la de compilar y organizar las de aquéllos.

"No me deja desperdiciar un solo dato, un solo documento, el historiador que llevo en el bolsillo" —decía Alfonso Reyes en aquella Carta a dos Amigos. Genio y figura, bajo una nueva y más minuciosa clasificación, Alfonso Reyes ha empezado a publicar su Archivo (A, Reliquias; B, Astillas; C, Residuos; D, Instrumentos; E, Testimonios; F, Documentos); y al mismo tiempo, otros volúmenes que en su anterior clasificación corresponderían a las letras D y E.

Ocho, de golpe, han visto la luz. Cinco corresponden a las series del Archivo (E, testimonios, 2: *La Conferencia Colombo-Peruana para el arreglo del incidente de Leticia*; 3, *Momentos de España, Memorias Políticas*; 4, *Crónica de Francia* 1; D, Instrumentos, 2: *La Inmigración en Francia*; y B, Astillas, 1: *Burlas Literarias* (1919-1922). Los otros tres *Entre Libros, De un Autor Censurado en el Quijote* (Antonio de Torquemada) y *Cortesía* (1909-1947) vuelven a "limpiar la mesa" del escritor que en 1926 ya reco-

noía que “para ganar el pan con la pluma hay que escribir mucho”, y admitía que “de esa época —que siempre puede volver— la mesa se me ha quedado llena de papelitos. Todavía no acabo de limpiarla, y me urge hacerlo para consagrarme a nuevas criaturas”. “Agua estancada se pudre”, explica ahora en su Advertencia a *Entre Libros*: “Las noticias literarias que aquí se reúnen, para servicio de aficionados y recordación de algunos amigos, sólo buscan el fin modesto de guardar en letras de molde, y en esa colección que se llama un libro, los papeles que de otra suerte se vuelven un estorbo en las gavetas y hasta un peso muerto en la conciencia”. Son las colaboraciones de Alfonso Reyes a la *Revista de Filología Española* y al *Sol* de Madrid, de 1912 a 1923.

De estos 8, sus más recientemente publicados trozos selectos de un archivo en que todo se ha conservado, *Burlas Literarias* y *Cortesía* representan a la deliciosa carpeta de la sonrisa. En el primero, Alfonso Reyes recoge los juegos literarios y eruditos con que él y sus amigos de Madrid —el entrañable Enrique Díez-Canedo, sobre todo— se divertían en falsificar puntos oscuros de Dante, de la amistad entre Góngora y el Greco; y aquel “Debate entre el vino y la cerveza” fraguado por Alfonsus Enríquez a la manera del Agua y el Vino, que primero se publicó en la efímera revista *Índice*.

En el segundo, el itinerario de sus residencias —México, España, Francia, El Plata, Brasil— esmalta la correspondencia, la cortesía, con los poemas, y los epigramas de circunstancias, propios de amigos, brotados a lo largo de treinta y ocho años. “Hoy se ha perdido —lamenta— la buena costumbre, tan conveniente a la higiene mental, de tomar en serio —o mejor, en broma— los versos sociales, de álbum, de cortesía. Su hermoso, gratísimo libro, vuelve a encontrar esa buena costumbre.

Salvador NOVO.

Novedades. México.

Julio 1º de 1948.

GALERÍA DEL COLEGIO NACIONAL

Alfonso Reyes: Polígrafo y Erudito

Es Alfonso Reyes un hombre bonachón, risueño, de temperamento sanguíneo; puede decirse que se siente feliz, y hay la opinión general de que “siempre ha estado en la cima de la ola”, para significar que no ha tenido vida trabajosa, que ha escapado al destino trágico de pobreza del escritor, porque es una excepción de literato burgués; maestro al par que escritor, no se ha quedado en la literatura, sino que goza ya del prestigio del erudito.

Es pequeño de cuerpo, ventrudo, redondo; su cabeza es casi circular, gasta una calva a lo San Antonio; su voz es fuerte, clara, su pronunciación entonada, prosódica, recitativa. Su prosa es cuidada de academismos, pausada, lentísima; sus palabras fluyen a intervalos —a pesar de tenerlas escritas—, como gotas de agua en un filtro: para mayor efecto y para mejor asirlas.

Así habla este gustador, este paladeador del concepto, este catador de frases, el formidable Alfonso de Monterrey, que parece que se goza en un placer sensual, al mudar la idea concebida trocada en voz, y detenida un poco en la boca a su paso, prendida de la lengua, como para relamer y saborear su “cuerpo” y alimentarse con su sustancia; cuando es efusiva su oratoria, la adorna de ademanes elocuentes.

Su público es de edad madura, predominando jóvenes mayores de treinta años, y un buen promedio de mujeres; no faltando —como tampoco a ninguno de los catedráticos, diremos, de los consagrados por el Colegio Nacional—, ese tono severo que imprimen sin querer las cabezas blancas. Las damas se sienten subyugadas por su dicción, los señores arrebatados por su pensamiento; todos, atraídos por su voz melodiosa, por su fraseo picaresco, por su sarcasmo retórico y

gracioso. Se muestra indiferente a los aplausos, como todo gran señor, cuyos bonos están demasiado altos para solicitarlos o para complacerse en ellos, y menos para envanecerse.

Se dice de él que lo han elegido los poetas para prolongar sus obras núbiles, y que son tantos —América: ¡un poeta en cada hijo te dió!— que hasta los evita; pero ¿no es acaso este un privilegio crítico que reconoce sus quilates y se somete voluntariamente a su juicio?; haciendo a un lado la lata, no es también una oportunidad para aprovechar el último libro y difundir su novísima teoría literaria? Se dirá que no todos son buenos versos; entonces, con más razón se impone la obligación de disuadirlos, de insinuarles que abandonen un arte ajeno, un camino equivocado; porque el literario es un arte pegajoso; y todos los que lo estudian se sienten un poco inclinados a serlo, o al menos a probar suerte por eso, vale tanto preservar a la Literatura de estos abejorros, como alentar a los retoños que prometen.

Don Alfonso Reyes es un escritor prolífero, es un polígrafo; para citar sus obras escritas, publicadas, no impresas o que prepara, se necesitaría un espacio tan grande casi como el de este artículo. De pie, tocado con gorra vasca y envuelto en su gabardina, asemeja ser un obispo griego, de esa su Grecia tan amada, de cuyo clasicismo religioso, literario y pedagógico no hay en México otra autoridad que la suya.

Robertson, el historiador inglés demoleedor del Cristianismo, admirador ático, escribe: "Siempre vivirá la Grecia pagana en la imaginación de los hombres como un sueño de gracia y de belleza y de palabra encantadora y deliciosa; y aunque detrás de la resplandeciente visión de arte y de poesía aparezca en suspenso, inmóvil, un sombrío recuerdo de lucha y de servidumbre, aquel arte y aquella poesía de la época constituyen legado imperecedero hecho a la Humanidad. En cada una de las costumbres a que va llegando, nuestra civilización vuelve la vista atrás hacia aquella edad con envidia

inextinguible, con ansia impotente, como las que mostrara una raza desheredada. Volver a gozar aquella aurora gloriosa de la vida es el anhelo de cuantos han mirado de hito en hito su distante claridad deslumbradora". Hist. de la Crist., 2ª p., C. III. &5).

Por eso no tienen razón los que critican a Reyes, diciéndole que vuelva los ojos a la Patria, que deje la Antigüedad y que viva con el siglo; porque para aprender a vivir en cualquier siglo, para vivir como hombres, hay que realizar los valores humanos que aquella Edad lejana nos puso como ideales, y a los cuales fue ella —la Magna Grecia— la primera en acercarse.

Esa edad gloriosa griega, la que evoca Plutarco, la época de Pericles, la Esparta de Licurgo, la Hélade sublime, es la que Alfonso Reyes ha resucitado, la que ha revivido: no por amar lo viejo sino por mejorar lo nuevo; la que ha mostrado como ejemplo de los ideales humanos más elevados, no imposibles, sino realizados al máximo por aquella urbe primitiva; y que, sin proponernos el contraste, el espíritu no puede menos de sufrir de ambición, al hacer espontáneamente la comparación desventajosa con la Sociedad contemporánea, sobre todo en el aspecto de la cultura especulativa: la filosofía, la religión y la política... Entre nosotros Reyes, como en Inglaterra Davidson, nos han enseñado los principios de la educación helénica, que es a la Modernidad: lo que los paradigmas a los objetos.

Hombres como éste, afanosos en la investigación de su disciplina, infatigables en su afán de saber, sobresaliendo en todo lo que abordan, logrando lo que se proponen, dotados de inteligencia universal, perfeccionándose día con día, descubriendo siempre nuevos giros de lenguajes, nuevos moldes de metáfora, ilustrando a quien los oye o los lee, puliendo las joyas desenterradas, convierten en sus manos la

Literatura de arte en ciencia; y no queriendo morir con su erudición sin antes dejarla como herencia, son los que dan buena fama a la patria, y hacen que México tenga prestigio internacional en las Letras.

Eduardo MUÑUZURI.

Galerías del Colegio Nacional.

El Nacional,

México, D. F., Agosto 14 de 1948.



Biblioteca Central
Magna Solidaridad

LA CORTESÍA Y LAS LETRAS

(Alfonso Reyes: *Cortesía* (1909-1947). Un volumen de 337 páginas. Editorial Cultura. T. G. S. A. México, 1948).

Hablaba el domingo pasado de algunos buenos libros, que había recibido en estos últimos meses, y desde mi balcón sobre el valle, lejos de su grata compañía, quise evocarlos, con una viva gratitud. Sabía de las omisiones forzosas, pero no pensaba en una confusión de títulos. Y me ocurrió nada menos que con una obra muy reciente de Alfonso Reyes, el gran escritor mexicano. *Saludos* llamaba a su libro publicado en 1948, como si quisiera tomar la parte por el todo. El título es: *Cortesía*, y desde luego el que yo había inventado es una de sus claras formas. En la vastísima bibliografía de Reyes, enriquecida en estos últimos años con libros de intimidad literaria del más vario linaje, no desespere de ver algún día ese título de *Saludos*.

Son poesías breves, sin más unidad que la que impone su mismo título de *Cortesía*, y en ocasiones con un pequeño comentario en prosa. Recoge el autor versos ajenos, a veces inéditos. "Ellos darán a este libro todo su valor" dice en una nota inexacta en la página preliminar. Un poeta del siglo XIII, el autor de *Razón de amor*, le da uno de los epígrafes del libro:

Moró mucho en Lombardía
para aprender cortesía.

Lope de Vega le da el otro:

Sabed por cosa cierta que ha venido
la curiosa princesa Cortesía.

En siete capítulos se divide el libro: en México, (1909-1917); en España y en México (1915-1924); en Francia (1925-27); por el Plata